



## Cristo y el hombre de final de siglo...

1. Parto de una premisa pedagógica que afecta también a la catequesis. Toda enseñanza para que sea humana y afecte a la vida misma de las personas, no puede ser reducida a sólo "saber cosas". La persona tiene otras necesidades de desarrollo además de la cerebral: tiene un corazón, actúa según comportamientos. Una enseñanza que integre interiormente a la persona debe mirar a estas tres dimensiones: contenidos, hábitos y valoraciones. En el camino de la catequesis esto requiere un cuidado muy especial por lo mismo que afecta al crecimiento en la vida cristiana, y requiere del catequista el cuidado de la fe de los "pequeños" de quienes habla el Evangelio, cuidado que ha de anteponerse a cualquier conflicto. De la catequesis los catequizandos han de sacar no sólo lo que vulgarmente denominamos "nociones" (que son los contenidos), sino también una capacidad de valoración en clave cristiana y también hábitos de procedimiento, de juicio, de comportamiento, de valoraciones, que sean cristianos. Esto valga como base pedagógica de las reflexiones que les voy a proponer.

2. Añado otra cosa. En el título de esta charla se alude al hombre 'del siglo XXI. Al respecto señalo que tal cosa implica tener presentes los así llamados paradigmas de una época: es decir los esquemas generales de interpretación propios de esa época. Actualmente se habla de paradigma postmoderno o, en otros casos, de paradigma postcristiano. Estos elementos, que conforman una cultura se van revelando poco a poco pero, sin negar la libertad personal, determinan las culturas y las épocas. A lo largo de esta exposición, hablando fundamentalmente de la catequesis, me referiré a algunos de estos paradigmas, cuyo conocimiento es imprescindible para comprender la época.

3. La frase "Cristo Resucitado, nuestra fortaleza para anunciar", lema de este día de encuentro, entraña no sólo una orientación o un programa de acción sino algo de más hondura, algo exclusivo. Apunta a la esencia misma de nuestro servicio catequético, a quien sostiene e inspira todo: a Jesucristo, el Señor. En Jesucristo Dios dice todo. Animarse a pronunciar esa frase-lema como programa de vida supone ser consciente de todas las opciones que se dejan de lado. Más aún supone asumir que entramos en la dinámica del recibir y dar un regalo, un don. "Un derroche de gracia" define San Pablo al misterio de Jesucristo. Esta verdad adquiere más relevancia puesto que nuestra lucha religiosa fundamental hoy día es contra el deísmo, esa manera de fusionarse todo en una divinidad de tipo spray, inasible, despersonalizada; esa pretensión de vivir una mística sin misterio. Este es un paradigma de nuestra cultura. Se proclama la trascendencia, pero se trata de una trascendencia controlada, encapsulada dentro de los límites de nuestra propia inmanencia. Entonces la experiencia religiosa se la busca por el camino de los métodos y no por el camino del encuentro con una Persona. Este deísmo termina por llevarnos a la blasfemia, a la apostasía y - sobre todo - a la omnipotencia. El deísmo es la reedición actual de aquellos que niegan que "el Verbo es venido en carne". Esta fue la primera herejía y la condena el mismo apóstol San Juan denominándola "Anticristo". De este paradigma deísta nace el tan común "cristianismo burgués" que contradice la grandeza de su propio mensaje refugiándose en el chiquitaje de una asociación cualquiera y pierde su potente fuerza cultural y política para transformar el mundo. Este "cristianismo burgués" ya no es un impulso a una nueva respuesta ni a una nueva esperanza frente a las actuales formas

caducas de civilización sino más bien es como una herencia del pasado, de la que uno es dueño absoluto, y a la que se desea atenuar en la medida de lo posible y conciliar con las propias posiciones. El "cristiano burgués" no vive el cristianismo como una fuerza que da vida sino como un peso cultural que hay que aliviar en la medida de lo posible para hacerlo socialmente conciliable y aceptable.

4. Por el deísmo se tiende a reducir la fe y la religión a la esfera "espiritualista" y a la subjetiva (de donde resulta una religión sin fe y una fe sin piedad). Le parece imposible que Dios quiera y pueda actuar en la historia de nuestra vida. No se acepta que Dios esté tan vivo dentro de mi vida. Si me permiten, el deísmo lleva a un "cristianismo de salón" donde resulta interesante y "fascinante" (termino típico del cristianismo burgués) hablar intelectualmente de cosas trascendentes pero sin ese realismo que llega hasta lo concreto de nuestra vida. Repito lo de "Anticristo" y la palabra de Juan está bien usada porque aquí se trata de un Dios ajeno, que no fue ungido (Cristo) por la contundencia de nuestra carne, y por lo tanto no nos compromete con nuestros hermanos como mandamiento: "no te avergüences de tu propia carne."

5. Muy unido a este paradigma del deísmo existe un proceso de vaciamiento de las palabras (palabras sin peso propio, palabras que no se hacen carne). Se las vacía de sus contenidos; entonces Cristo no entra como Persona, sine como idea. Esta "idea" de Cristo, en esta cultura de la atomización y la desarmonía no es respuesta a los anhelos más hondos sino un simple maquillaje. Hay una inflación de palabras. Es una cultura nominalista. La palabra ha perdido su peso, es hueca. Le falta respaldo, le falta "la chispa" que la hace viva y que precisamente consiste en el silencio. Ese silencio carozal que determina la movilidad realista a toda palabra. Sería necesario concederse más tiempo de silencio, de meditación y encuentro con lo real, para conseguir un lenguaje más fresco, que nazca de una experiencia profunda y viva más capaz de llegar al corazón de los demás.

6. Esta crisis de la palabra afecta a la verdad la verdad sobre Jesucristo, sobre la vida, sobre mí mismo. Entonces la oferta es más bien de tipo "estético": es decir, no lo estético como armonía interior sino como "imagen" (maquillaje dije más arriba) que se pueda vender y comprar. No se trata de una moda pasajera y superficial sino que afecta a la misma verdad. Tal armonía artificial hace que la verdad sea suplantada por el consenso. Vale lo que es consensuado. Y el precio del consenso es un continuo nivelar hacia abajo, donde el anuncio de Jesucristo desaparece. No hay anuncio sino simplemente una "armonización" artificial consensuada. Muy acertadamente decía el P. Puiggari: la verdad se suplanta por el consenso; los maestros ceden lugar al publicista; la pastoral se transforma en marketing; y no es de extrañar que los modelos terminen siendo "las modelos". Por supuesto que por aquí se entra en el sinuoso mundo del relativismo, que termina siempre en un narcisismo: un repliegue subjetivista sobre los valores comunes.

7. Una cosa que hay que tener en cuenta para orientar la catequesis es que lo recibido debe ser anunciado (cfr. 1 Cor, 15:3). El corazón del catequista se somete a este doble movimiento: centrípeto y centrífugo (recibir y dar). Centrípeto en cuanto "recibe" el kerigma como don, lo acoge en el centro de su corazón. Centrípeto, en cuanto lo anuncia con una necesidad existencial ("ay de mi si no evangelizo"). El regalo del kerigma es misionante: en esta tensión se mueve el corazón del catequista. Se trata de un corazón eclesial que "escucha religiosamente la Palabra de Dios y la proclama con coraje" (VAT II, Dei Verbum). Al respecto quisiera señalar algunas consecuencias deformantes que se siguen cuando el corazón del catequista no se mueve en esta tensión bipolar. Quizá la más peligrosa hay día es la gnosis, que aflora en múltiples formas. Todas ellas suponen reduccionismos, pero el núcleo es el mismo: reducir el kerigma a una ciencia. En definitiva la salvación ya no viene por "el Verbo venido en carne" sino por un "saber" de las cosas. Entre los múltiples tipos de "gnosis" que

encontramos en las góndolas del supermercado de nuestra cultura de fin de siglo, se podría mencionar la inmensa gama de intimismos de tipo psicologista; los dogmatismos ideológicos de diverso signo; y la "moralina", esa especie de ética entomológica que no es otra cosa - según Jesús - que el blanco mármol que cubre los sepulcros. Retomo lo esencial: en esta experiencia de recibir el don y transmitirlo transita la existencia cristiana, y quien dirige y armoniza ambos movimientos (centrífugo y centrípeto) en el corazón del cristiano es el Espíritu Santo. Estos dos movimientos - gracia de Dios- pueden ser tentados y deformados. Pongo un ejemplo algo simplista: lo que comúnmente llamamos "progresismo" no es lo opuesto a "conservadorismo" y viceversa; ambos son dogmatismos ideológicos, modos gnósticos, que han privilegiado y deformado uno de los polos en tensión (centrífugo y centrípeto) anulando la fuerza del otro. Lo opuesto al progresismo es la misión y lo opuesto al conservadorismo es la memoria. El cristianismo no es ni avanzado ni conservador: es un misionero a anunciar y un memorioso de las gestas de Dios; es un hombre y una mujer que han recibido algo como regalo y se sienten (compulsivamente estoy tentado de decir) empujados a transmitirlo.

8. En este recibir y transmitir el don recibido está en juego el problema de la identidad cristiana. La catequesis acompaña este progreso en la identidad. Esto supone la pedagogía en el hábito de la memoria, que nos hace conscientes de nuestra pertenencia a la Iglesia. Identidad es pertenecer. Se trata de aprender el caminar propio del santo pueblo fiel de Dios y no otro tipo de caminar distinto. Esa es la identidad cristiana y eso lo da la memoria porque nos remite a las raíces de pertenencia. Somos hijos, no entenados. Somos miembros de un cuerpo vivo y no afiliados de una sociedad de fomento o de una entidad deportiva. El cristiano avanza crece, mediante esta memoria de sus raíces de pertenencia. No avanza solo, lo hace en un pueblo. Cuando el intelecto está separado de la memoria se enloquece. La memoria es potencia integradora y – a la vez - impulsa a caminar. La memoria del pasado (de las gestas de Dios en su pueblo y en mi propia vida)despliega impulso y coraje para el porvenir: memoria del pasado para abrir nuevos espacios a Dios. Como referencia a esta constante movilidad entre memoria y coraje, pasado y futuro, nos puede servir reflexionar con atención la estructura de tres pasajes de la Carta a los Hebreos. "Recuerden aquellos días primeros, cuando recién iluminados sostuvieron recios y penosos combates... Así que ahora no renuncien a su valentía a la que está reservada una gran recompensa..." (10:32- 39). "En consecuencia rodeados como estamos por tal nube de testigos de la fe, sacudámonos todo lastre y el pecado que se nos pega. Corramos con constancia en la competición que se nos presenta fijos los ojos en el pionero y consumidor de la fe, Jesús..." (12:1-3)."Acuérdense de aquellos dirigentes de Ustedes que les expusieron la palabra de Dios y, teniendo presente cómo acabaron su vida imiten su fe" (13:7). Recapitulando: identidad tomada de la pertenencia a un pueblo, y esto por el hilo de la memoria que mantiene presente los pasos de Dios en la historia y en mi historia.

9. Este pueblo fiel de Dios al que pertenecemos y nos da identidad tiene sentido de la celebración. Por ello la catequesis no puede omitir la iniciación de los catequizandos en la vida litúrgica: alabanza, adoración glorificación que es fiesta de Dios. En la liturgia no nos poseemos ni nos autocelebramos a nosotros mismos, sino que nos abandonamos creaturalmente en el gozo de la alabanza y de la adoración... y esto como pueblo convocado por el mismo Señor.

10- Y el sentido de pertenencia al pueblo fiel también implica hacerse cargo del "nosotros" que nos rescata del sórdido egoísmo. Entonces, ese "nosotros" tiene rostros concretos, nuestros "prójimos" a quienes hemos de amar y servir. Esto es solidaridad y más que solidaridad. Entraña una doctrina que ha de hacerse práctica: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Tal hábito social de la vida cristiana es un valor y no puede reducirse a un mero

ejercicio de la beneficencia sino que se mueve en el ámbito del misterio del Verbo venido en carne: "lo que hicieron con uno de estos hermanos míos lo hicieron conmigo". Pienso que las tantas formas de egoísmo personal y social de las que somos testigos en gran parte son fruto de una deficiente catequesis en este sentido. En concreto, servir es el modo más noble para derrotar el egoísmo y consagrarse al prójimo. En una cultura en que seduce el nihilismo egótico que "universaliza" (globaliza mejor dicho) todo anulando lo particular y fomenta ese desinterés egoísta por todo lo que no soy yo y mi quietud esencialista~ la catequesis debe levantar el guante de este desafío enseñando y ayudando a progresar en el servicio por amor a los hermanos; servicio que siempre conlleva negación de sí mismo porque se ve en el otro la misma carne de Cristo.

11. Podría seguir insinuando pautas para la catequesis del hombre de fin de siglo... pero por ahora creo que basta con esto. Comencé hablando de una premisa pedagógica y quiero terminar con lo mismo. La única metodología catequética es el Verbo venido en carne. Él es el mensaje y Él es el método. Sí, también el método, porque de la misma contemplación del Verbo Encarnado surgen las pautas coherentes para demostrarlo, hablar de Él, anunciarlo.

De lo contrario podríamos caer en la tentación de hacer una "ideología" (es decir, un pensar sobre) de Jesucristo. Y la catequesis no es un pensar sobre Jesucristo, sino un enseñar para que el Jesucristo recibido en el anuncio kerigmático crezca en verdad y caridad. Todo esto es lo que el Apóstol quería decir con la frase: "No se avergüencen de Jesucristo"

Mons. Jorge Mario Bergoglio s.j.  
Buenos Aires, 8 de marzo de 1997.